

Norman Geisler:
Selección Natural y Sentido Común
¿Demanda el diseño en el universo un Diseñador?

Entrevista con Nancy Pearcey

La literatura creacionista es en gran medida una reformulación moderna del más antiguo y empleado de los argumentos para la existencia de Dios: el argumento del diseño. Al contemplar la asombrosa complejidad y el orden del universo, los creacionistas mantienen que el diseño es evidencia de un Diseñador. Que el propósito es evidencia de un Plan. Que el orden es evidencia de una Inteligencia.

Al poner la selección natural en lugar del diseño, Darwin demolió el argumento en base del diseño — esto según los evolucionistas. Las maravillosas estructuras orgánicas, tan claramente adaptadas para los propósitos de la vida, se pueden ahora explicar mediante la selección natural en lugar de mediante un propósito inteligente.

El actual resurgir del interés en el creacionismo ha conllevado un resurgir del debate acerca de la validez del argumento basado en el diseño. La revista *Creation/Evolution* [revista dirigida por evolucionistas con el propósito de refutar los argumentos creacionistas] contenía una formulación contemporánea del argumento del diseño presentada por Norman Geisler del Seminario Teológico de Dallas junto con respuestas de evolucionistas [véase Número XIII, Vol. 4, Nº 3).

Filósofo por formación, Geisler ha estado interesado durante largo tiempo en la apologética (la defensa racional de la fe cristiana), en particular en relación con las cuestiones suscitadas por la ciencia.

En el número mencionado de la revista trimestral *Creation/Evolution*, el artículo de cinco páginas de Geisler es seguido por quince páginas de crítica de dos evolucionistas, Frederick Edwards y William Thwaites. Hemos contactado con Geisler mediante una entrevista telefónica para entrevistar-lo y conseguir sus precisiones.

Para nuestros lectores que no habrán leído el mencionado artículo de Geisler, se puede sumarizar de la siguiente manera: En el mundo pode-

mos ver dos clases de orden. Algunas cosas pueden ser explicadas totalmente por la acción de las leyes naturales conocidas. Las piedras redondeadas, por ejemplo, pueden ser formadas por las leyes de la acción del agua y de la erosión. Otras formas, como los cuatro rostros humanos en el monte Rushmore, son extrañas a todo lo que jamás se haya visto producido por causas naturales. De inmediato reconocemos que son resultado de la actividad humana, es decir, de inteligencia, plan y diseño.

El ejemplo más evidente de la segunda clase de orden es la información. Si encontramos un mensaje —si por ejemplo descubrimos nuestro nombre escrito en la arena en una playa— no concluimos que ha sido producido por causas naturales, por la acción de las olas. En toda nuestra experiencia, la información es sólo producida por seres inteligentes.

Ahora bien, la esencia de la vida es información: todos los procesos de la vida están controlados por el mensaje codificado dentro de la molécula del ADN. Si la información exige una fuente inteligente, ¿no debemos llegar

El ejemplo más evidente de la segunda clase de orden es la información.

Si encontramos un mensaje —si por ejemplo descubrimos nuestro nombre escrito en la arena en una playa— no concluimos que ha sido producido por causas naturales, por la acción de las olas. En toda nuestra experiencia, la información es sólo producida por seres inteligentes.

Ahora bien, la esencia de la vida es información ...

a la conclusión de que el origen de la vida exige un Creador inteligente?

La siguiente entrevista la llevó a cabo la redactora investigadora Nancy Pearcey.

¿PUEDE LA SELECCIÓN REEMPLAZAR LA INTELIGENCIA?

N.P.: El principal argumento de su artículo es que tenemos una experiencia uniforme en contra de que la complejidad se forma en base de causas naturales. En cambio, la evolución atribuye tanto el origen como el desarrollo de la vida a la interacción del azar y de causas naturales. Así, en base de la norma de nuestra experiencia consecuente, la evolución no puede ser cierta.

Tanto Edwards como Thwaites, evolucionistas ambos, objetan a la premisa inicial que usted presenta. Ellos argumentan que para saber si la vida surgió de causas naturales, hemos de buscar y ver si hay alguna causa natural «a la altura de las circunstancias». Y *sí* que la hay: la evolución, o, específicamente, la selección natural. ¿Es la selección natural un mecanismo adecuado para explicar la vida?

GEISLER: En absoluto. No podemos hablar de selección natural con respecto al surgimiento de la *primera* forma de vida en un estanque con reactivos químicos — ¡porque no había aún formas vivas que poder seleccionar! Incluso el dogmático evolucionista Dobzhansky reconoce que la selección natural no es aplicable al origen de la primera vida.

N.P.: Edwards y Thwaites se oponen a su limitación de la selección natural a un principio de *conservación*, pero no de *creación*. Usted dice que sólo actúa como un filtro para eliminar a los débiles y mal adaptados, y que sirve para mantener la fuerza y el vigor de la población, pero que *no* conduce a formas novedosas de organismos.

Ellos argumentan que la selección natural es creativa. ¿Qué responde usted a ello?

GEISLER: Lo que hacen es emplear la selección natural como un término mágico *en lugar de dar una explicación*. El mero hecho de emplear un término específico y de dotarlo de unos poderes de designio no significa que en realidad pueda cumplir aquella tarea.

Que me muestren dónde la selección natural haya jamás creado un tipo de organismo genuinamente nuevo, o siquiera un órgano nuevo y funcional. Tienen que dar ejemplos — y eso no lo hacen.

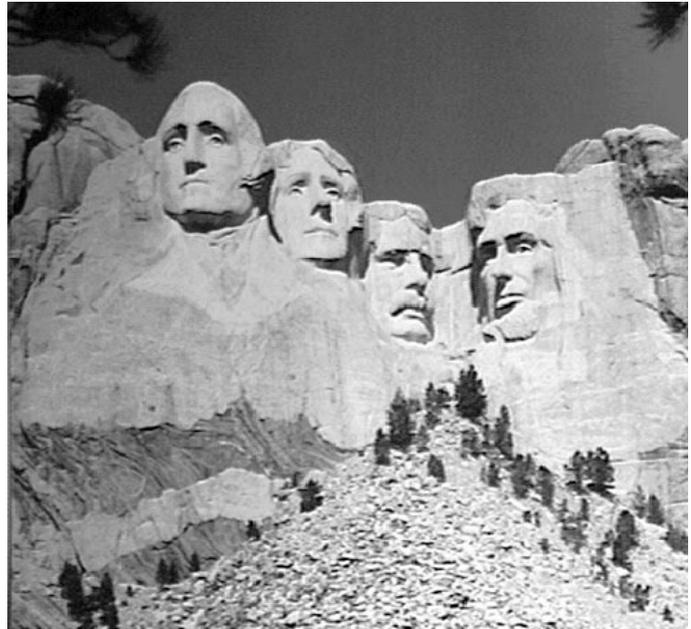
Todo lo que vemos son viejos organismos adaptándose para sobrevivir. Yo considero que esto es una capacidad que Dios ha incluido en los organismos. Nadie niega que existe una selección natural, y que opera a este nivel. Lo que negamos es que pueda ser puesta en lugar de una previsión inteligente para producir nuevas formas de vida.

N.P.: Edwards parece creer que si podemos señalar *cualquier* cambio en los seres vivientes, ello es prueba de evolución. Los ejemplos que cita son casos de «microevolución», como las mutaciones o la aparición de nuevas variedades de virus y de bacterias.

GEISLER: Las nuevas variedades de virus o de bacterias no son creadas *ex-nihilo*. Tampoco varían de tipo respecto a sus predecesores. De modo que no se trata de ejemplos de evolución.

N.P.: Edwards argumenta que al afirmar que la selección natural no produce «una forma de vida enteramente nueva», usted se mete en una cuestión meramente semántica de la definición de especie. Los cambios pequeños se acumulan con el tiempo para producir la evolución a gran escala, según el darwinismo. De modo que tenemos un continuo ininterrumpido entre los cambios pequeños y observados —que usted reconoce— y los grandes cambios que llevarían a las nuevas formas de vida —que usted dice que no tuvieron lugar. ¿Se trata de una distinción meramente semántica?

GEISLER: Todo el punto de mi artículo es que la base para la creación es



Los rostros del Monte Rushmore: ¿por azar o por designio?

el principio de la uniformidad: lo que observamos con regularidad en el presente es la clave para comprender el pasado. *Pero nunca observamos nada que se asemeje a grandes cambios* ocurriendo en el presente.

La ciencia está edificada sobre el principio de la uniformidad. No me refiero al *actualismo* —se trata de algo diferente— sino que *observamos de manera uniforme* ciertas clases de causas para ciertas clases de efectos.

Los evolucionistas tienen que exhibir que en el presente experimentamos macrocambios, o que podríamos explicarlos mediante extrapolación de procesos científicos conocidos. Y no han mostrado lo uno ni lo otro.

EL PRINCIPIO DE LA UNIFORMIDAD ES NUESTRO AMIGO

N.P.: Usted hace una distinción entre el orden que se halla en un ser vivo y el que se encuentra en un cristal. Este último, dice usted, es orden «redundante» — ¿qué quiere decir con eso?

GEISLER: La principal diferencia reside en la información. La pauta de orden de un cristal no comunica información compleja: la pauta química de una molécula de ADN sí la comunica.

Cuando vemos información — incluso en una oración tan sencilla como «Beba Fanta» — inmediatamente suponemos que su fuente es un ser inteligente. Nadie supone que esta pauta fuese producida por un proceso al azar.

Un cristal posee una *pauta*, del mismo modo que un cristal de nieve tiene una pauta. Pero se trata de la misma pauta redundante, una y otra vez, como las olas del mar. Uno puede incluso conseguir una pauta en el aceite cuando se calienta sobre un mechero de Bunsen. Pero ninguna de estas cosas comunica información de alto nivel.

Como contraste, la cantidad de información en la primera célula viviente llenaría un volumen entero de la *Encyclopedia Britannica*. Carl Sagan dice que si detectamos una sola señal organizada del espacio exterior, nos dirá que hay seres muy inteligentes ahí fuera. Si un mensaje del espacio conduce a una conclusión así, entonces con toda certeza la inmensa cantidad de información en la primera célula viviente debería implicar un ser inteligente.

Los procesos naturales producen sólo pautas redundantes. Siempre que se comunica información de gran nivel, siempre se debe a un ser inteligente. Esta es nuestra experiencia uniforme — el principio de la uniformidad.

N.P.: Hablemos del empleo que usted hace de la uniformidad. El argumento tradicional en base del designio supone una analogía entre los artefactos humanos y el universo: si se precisa de inteligencia para explicar el origen de un artefacto, entonces se precisa de ella también para explicar el origen del universo, porque ambas cosas exhiben la misma clase de orden.

Usted moderniza el argumento tradicional, poniendo por analogía el principio de la uniformidad: el origen de la información en el pasado ha de ser como su origen en la experiencia presente. Ahora bien, históricamente se ha empleado este principio para sustentar el *naturalismo*, encerrándonos a considerar sólo las leyes y procesos naturales en acción en el presente. Pero usted lo emplea de una forma más amplia, permitiendo que conduzca a lo *sobrenatural*.

¿Es este un uso válido del principio de la uniformidad, o está usted empleando el *naturalismo* para sustentar el *sobrenaturalismo*, como alega Edwords, e incurre en contradicción?

GEISLER: No creo que hayan con- testado a la esencia de mi argumento, que es que la ciencia está edificada sobre la uniformidad. La experiencia uniforme nos dice que siempre se precisa de un ser inteligente para comunicar información compleja; la primera vida conllevaba una información compleja; por ello, ha de venir de un ser inteligente.

N.P.: Usted volvía contra los evolu- cionistas un principio que ellos han empleado contra el creacionismo, mostrando que la uniformidad no tiene por que ser equivalente a natu- ralismo.

GEISLER: Sí, les estaba mostrando que el principio científico que ellos emplean para eliminar lo *sobrenatural* lo que hace en realidad es eliminar la evolución.

EVOLUCIÓN POR SUERTE

N.P.: Edwords ridiculiza el argumen- to del *designio* estableciendo un para- lelismo evidentemente ridículo. Usted argumenta:

Las formas de vida y los artefactos exhiben ambos orden, y por ello los dos son productos de un *designio* inteligente.

Edwards parodia:

Las formas de vida y los artefactos tienen ambos color, y por ello ambos son productos de ... ¿qué ... un pintor?

... siempre razonamos desde la analogía —o uniformidad— a las causas no vistas. Cuando vemos la huella de un caballo en la arena, ¿cómo sabemos que la hizo un caballo? Porque toda la anterior experiencia nos dice que son los caballos los que dejan huellas de caballo. Mi argumento es que toda la experiencia previa nos dice que sólo los seres inteligentes dejan información compleja.

GEISLER: Aquí tenemos un ejem- plo de la falacia de enfatizar las cua- lidades accidentales. Es como la his- toria del tipo que bebió agua y vino, agua y *whisky*, agua y *vodka*, y llegó a la conclusión de que el agua le es- taba emborrachando.

N.P.: ¿El color es una cualidad super- ficial, mientras que el orden es una cualidad esencial, estructural?

GEISLER: Cierto. Lo que digo es: mostradme una cosa que comunique información compleja y que, en toda vuestra experiencia, no procediese de un ser inteligente.

Si usted entra en mi cocina y ve el cereal con letras del alfabeto derrama- do sobre la mesa, y se leyese su nom- bre y dirección, ¿supondría acaso que el gato hizo caer la caja? *Nunca en toda su experiencia* ha visto usted esta clase de información producida por un derramamiento — ni por *nin- gún otro* acontecimiento al azar, como soplando las letras con un ven- tilador. Eso siempre las desordena.

Se dice que la ciencia está edifica- da sobre la uniformidad. Pero los evolucionistas necesariamente han de argumentar *su* postura admitiendo que la evolución es sumamente im- probable —las probabilidades están en contra— y que sin embargo suce- dió. Julian Huxley, en *Evolution in Action*, da la ilustración del caballo:

la probabilidad de que evolucionase es de un uno contra un uno seguido por un millón de ceros (mil quinientas páginas de ceros): no obstante, man- tiene él, *sucedió*.

Claro, *podría* suceder a pesar de la improbabilidad, del mismo modo que si yo lanzo tres dados, la probabi- lidad de conseguir tres «6» es una entre 216, pero *podría* suceder a la primera tirada. Sin embargo, si es así como sucedió la evolución, entonces tendrán que decir que la ciencia no está edificada sobre la regularidad y la uniformidad: ¡está edificada sobre la suerte!

Una razón por la que escribí aquel artículo era forzarlos a reconocer *o bien* que tenemos una base para el creacionismo, o que ellos no están ha- ciendo ciencia. Para apoyar la evolu- ción, tienen que decir que aunque las cosas no ocurren regularmente de esta manera, *podría*, por un desorbitado azar, haber ocurrido de esta manera en el origen de la vida — a pesar de todo lo que hay en contra.

Mi respuesta a esto es: ¿Desde cuándo la ciencia está edificada sobre un «desorbitado azar»? ¡Crea que estaba edificada sobre el principio de la uniformidad!

LA EXPERIENCIA UNIFORME

N.P.: Edwords y Thwaites atacan ambos el argumento del *designio* en el punto de la analogía entre los obje- tos de hechura humana y los natura- les. La analogía se quiebra, argumen- tan ellos, porque a veces no podemos distinguir si un objeto es de hechura humana o si es natural. Una piedra lisa, por ejemplo, *podría* haber sido formada por el viento y las olas, o *podría* ser una herramienta primitiva de una cultura de la edad de piedra. De modo que no siempre podemos «concluir inmediatamente», como us- ted dice, que algo sea consecuencia de la inteligencia.

GEISLER: Esta objeción es un ardid lógico para apartar la atención del asunto principal. El punto en cuestión no gira alrededor de los casos dudo- sos en los que *no* lo sabemos, sino que gira alrededor de los casos claros que *sí* sabemos.

No hay duda alguna acerca de que la hipotética primera célula viviente tenía suficiente información para llenar un volumen de la *Encyclopedia*

Britannica. No es como contemplar una mancha de tinta de Rorschach y preguntarse si es la luna o mi madre. Decir que el caso ambiguo nos libera del caso claro es una manera muy pobre de argumentar.

N.P.: Tal como se dice, las malas causas llevan a malas leyes. Pero lo que ellos quieren, me parece, es reformular el argumento de David Hume, del siglo dieciocho, contra el designio. Él cuestionaba que podamos hacer una analogía entre los artefactos y el mundo.

GEISLER: Sí, esto *es* lo que ellos están diciendo. Pero siempre razonamos desde la analogía —o uniformidad— a las causas no vistas. Cuando vemos la huella de un caballo en la arena, ¿cómo sabemos que la hizo un caballo? Porque toda la anterior experiencia nos dice que son los caballos los que dejan huellas de caballo. Mi argumento es que toda la experiencia previa nos dice que sólo los seres inteligentes dejan información compleja.

Hume dijo que no puedes saber que un reloj lo haya hecho un relojero si no has tenido la previa experiencia de ver a un relojero haciendo relojes. Mi argumento es que *sí* tenemos experiencia previa de ver a seres inteligentes produciendo información compleja. Lo vemos cada vez que escribimos una oración; lo oímos cada vez que hablamos. De modo que toda la experiencia anterior me dice que cuando llego a una oración que *no he visto* que nadie escribiese, ha de haber un ser inteligente detrás de ella.

N.P.: Los escritores de *Creation/Evolution* ponen esto del revés — como lo hizo Hume— y argumentan que uno tiene experiencia de *humanos* haciendo cosas, pero que uno no tiene experiencia de la creación de la vida. De modo que no se tiene una «experiencia uniforme» a la que apelar.

GEISLER: No, y ellos tampoco tienen ninguna experiencia de la *evolución* de la vida.

Nadie tiene una experiencia de seres extraterrestres, y sin embargo ellos han emprendido el proyecto SETI (Search for Extra-Terrestrial Life [Búsqueda de Vida Extraterrestre]). Si ellos llegan a detectar un solo mensaje de radio —aunque no vean a

este ser, aunque nadie haya visto uno antes— ¿qué supondrán? ¿Supondrán que hay seres inteligentes ahí fuera?

Es la misma clase de argumento para el origen de la vida. Si uno puede inferir la existencia de un ser inteligente en base de un solo mensaje recibido por medio del radiotelescopio, ¿por qué entonces no se puede inferir la existencia de un ser inteligente en base una primera célula con todo un volumen lleno de información?

Mi ilustración en el artículo es el Monte Rushmore. Incluso si uno jamás hubiese visto una talla de roca así, ni a nadie tallando roca, sabría sin embargo que un ser inteligente es su autor. Uno no tiene que ver al Creador para saber que la vida es una creación.

«DIOS PODRÍA HABERLO HECHO MEJOR»

N.P.: ¿Cómo trata usted el argumento del designio frente al problema del mal? Darwin rechazó el designio porque pensaba que significaba que el mal en el mundo había de formar parte del plan de Dios. Y en este caso, ¿cómo podría Dios ser bueno?

Thwaites suscita la misma cuestión, citando incluso a Darwin:

Me parece que hay demasiada miseria en el mundo. No puedo convencerme de que un Dios benéfico y omnipotente hubiera podido crear a propósito las *Ichneumonidae* con la expresa intención de que se alimentasen de los cuerpos vivos de orugas, ni que un gato jugase con los ratones. No creyendo esto, no veo necesidad de creer que el ojo fuese diseñado de manera expresa.

¿Cómo se enfrenta uno a esta objeción?

GEISLER: El argumento del designio no pretende ser toda la teología cristiana. Dentro del marco científico

*El argumento del designio
... todo lo que pretende
mostrar es que tiene que
haber un Creador
inteligente de la vida,
nada más que esto.*

como tal, todo lo que pretende mostrar es que tiene que haber un Creador inteligente de la vida, nada más que esto. Para tratar el problema del mal, es preciso ir más allá del ámbito de *este* argumento científico.

En mi artículo dejé claro que es posible que la creación sea imperfecta y que el argumento del designio siga vigente. Refiriéndome a la ilustración del Monte Rushmore, escribí:

Tampoco ... invalidaría nuestra conclusión de una fuente inteligente que tras un examen más atento de los rostros resultasen estar hechos de manera imperfecta. No es necesaria que una representación sea perfecta para demostrar que sea por designio.

Argumentar en base de la imperfección es decir que si una oración tiene una palabra con faltas de ortografía, no puede haber sido escrita por un ser inteligente. *Todo* lo que mi argumento quería mostrar era la creación por un ser inteligente — no quería mostrar por sí mismo que este Ser sea absolutamente perfecto e idéntico al Dios de la Biblia, y todas las otras doctrinas teológicas derivadas de la revelación.

N.P.: Una objeción final suscitada por Thwaites contra el designio es una variación del argumento de la imperfección, esta vez dirigido no al mal ni al sufrimiento sino a un supuesto diseño *deficiente*. Las estructuras orgánicas no siempre parecen haber sido diseñadas de forma expresa para las funciones para las que sirven. Este argumento está comenzando a surgir aquí y allá, especialmente en los escritos de Stephen J. Gould. (Él, a su vez, aparentemente lo derivó de Simpson — véase capítulo XII, «The Opportunism of Evolution», en *The Meaning of Evolution*.)

Thwaites cita la obra de Gould *El pulgar del panda*, donde Gould señala que el «pulgar» del panda es aparentemente un hueso de la muñeca, reelaborado de una manera *ad hoc* para que funcione de forma similar a un pulgar. Si hubo un Creador, la estructura y la función deberían concordar perfectamente; pero en este caso, algo que es normalmente una muñeca ha sido expropiado para servir a otra función.

El mismo Darwin empleó este argumento. Gould escribe:

